

Conversación en Pamplona con Yves-Marie Hilaire

José ESCUDERO IMBERT

El Prof. Yves-Marie Hilaire, nacido en la pequeña localidad francesa de Viviers les Montagnes (Tarn), el 4 de agosto de 1927, doctor en Letras y *agrégé* en Historia, ha sido muchos años Profesor ordinario de Historia Contemporánea en la Université Charles de Gaulle-Lille III, y es emérito desde 1996. Ha estado en Pamplona para participar como ponente en las VI Conversaciones de Historia de la Universidad de Navarra. Tomando ocasión de su viaje, el día 11 de abril de 1997 conversamos con él sobre distintos aspectos de su itinerario intelectual y sobre las dos líneas de investigación que ha cultivado desde los comienzos de su carrera académica¹.

Pregunta. ¿Cómo nació en usted la vocación de historiador?

Respuesta. Comencé muy joven a considerar la posibilidad de dedicarme a la historia o, al menos, me atrajo la historia siendo muy joven. Pertenece a una familia francesa patriota y tradicionalista. Me interesé muy pronto por los grandes personajes de la historia de Francia, especialmente del norte de Francia. Recuerdo en particular haber anotado muy tempranamente las fechas de los reinados. También tenía unas tablas o cuadros cronológicos que me proporcionaron abundante información. Y tenía una buena biblioteca familiar. Recuerdo, por ejemplo, haber hojeado o comenzado a leer los libros de Adolphe Thiers o de Victor Duruy a los doce años. Después, mi vocación histórica se precisó en La Sorbona, cursé mi carrera universitaria.

P. ¿De qué maestros se considera usted especialmente deudor?

R. Entre los maestros que más me influyeron especialmente se cuenta Henri-Irénée Marrou. Seguí con gran interés, con verdadera pasión, su curso sobre los Padres de la Iglesia y sus reflexiones sobre la Antigüedad tardía, y aprecié mucho, cuando apareció un poco más tarde, su libro sobre *La connaissance historique*. Pero también me impresionó la co-

1. La conversación tuvo lugar el día 11 de abril de 1997. El Prof. Hilaire es miembro del Consejo Asesor de «Anuario de Historia de la Iglesia» desde la aparición de nuestra revista, en 1992. Ha sido director, entre 1983 y 1996, de la «Revue du Nord» y, entre 1981 y 1984, del grupo de investigación GRECO n.º 2 del CNRS, dedicado a Historia religiosa moderna y contemporánea [N. de la R.].

riente de los *Annales*, en particular a través de los cursos de Fernand Braudel, que seguí en la Escuela *des Hautes Études*. Braudel era, además, presidente del tribunal para las oposiciones a la «agregación»², que es todavía hoy el concurso imprescindible para entrar en los puestos más elevados de la enseñanza.

Cuando empecé a buscar un tema de investigación, me interesé por los trabajos de Le Bras, en particular por sus estudios de sociología religiosa. Conviene recordar que me había marcado la orientación de los *Annales: Economie. Société. Civilisation*, dirigidos entonces por Lucien Fèbvre y por Fernand Braudel y, cuando obtuve la «agregación», Braudel, presidente del tribunal, me preguntó a qué quería dedicarme. Le respondí que me interesaba la historia religiosa. Y Braudel me dijo: «¡Ah, haga usted historia total!»... Finalmente, en parte gracias a las sugerencias de Gabriel Le Bras, encontré un tema de tesis, sobre la vida religiosa de la población de la diócesis de Arras, de 1840 a 1914³. Y acercándome a los hombres y a las sociedades de esta diócesis, por fuerza tuve que hacer historia, si no total (algo demasiado ambicioso), por lo menos global, una aproximación global a la historia, y, por supuesto, con una investigación principalmente de historia religiosa.

P. Usted ha tenido la ocasión de conocer y tratar a algunos de los más grandes historiadores o precursores de la historia religiosa en Francia. ¿Cuáles son las virtudes del historiador que usted más ha apreciado en ellos?

R. Entre los maestros que frecuenté en esa época, hay dos que conocí especialmente: Henri-Irénée Marrou y André Latreille. Lo que más me impresionó de ellos fue su honestidad, su sentido crítico, pero también el esfuerzo de simpatía con los hombres y las mujeres del pasado, que ellos estudiaban. Había allí apertura hacia aquellas personas gracias sobre todo a un mínimo de comprensión, pues tanto Henri-Irénée Marrou como André Latreille eran cristianos convencidos. Por otra parte, también me impresionaron de ellos sus dotes pedagógicas. Sobre todo, era absolutamente sorprendente el sentido de la síntesis de André Latreille. También la cultura de ambos: una vastísima cultura. No se limitaban a estar especializados en un terreno particular: para Marrou, la Patrística y la Antigüedad tardía; para Latreille, la Historia de la Revolución y del Imperio y la Historia religiosa de esa época. Su curiosidad se extendía a los ámbitos más diversos. Baste recordar, por ejemplo, que André Latreille hizo durante veintisiete años las crónicas históricas del diario «Le Monde».

P. André Latreille publicó también una «Historia del catolicismo contemporáneo francés», ¿no es así?

R. Efectivamente, publicó con René Rémond, Jean-Rémi Palanque y Étienne Delaruelle una *Histoire du catholicisme en France* (Spes, Paris 1957), que en su momento hizo autoridad y se impuso durante mucho tiempo, pues se trataba de una síntesis moderna que

2. Es el concurso que habilita para ser profesor de un Liceo o centro estatal de Enseñanza Media. Aunque la condición oficial de profesor de Enseñanza Media no es, de suyo, necesaria para la carrera académica universitaria, en la práctica la mayoría de los profesores universitarios pasan previamente por esa habilitación para la docencia secundaria [N. de la R.].

3. *Une chrétienté au XIX^e siècle? La vie religieuse des populations du diocèse d'Arras (1840-1914)*, PUL, Lille 1977, 2 vols.

insistía en las grandes corrientes espirituales que marcaron la historia religiosa de nuestro país, y que se salía de la tradicional historia político-religiosa. Obviamente, no olvidaba la historia político-religiosa, pero no se limitaba a ese aspecto.

P. Háblenos, si le parece, de sus etapas de formación, de sus colegas...

R. Bueno, yo he sido *assistant, maître assistant, chargé d'enseignement, professeur*. En fin, he hecho la carrera universitaria clásica.

P. Su interés por la Historia religiosa ¿nació ya al comienzo de sus estudios o, por así decir, se lo encontró en el desarrollo de sus investigaciones?

R. Al comenzar mi tesis doctoral, y siguiendo la invitación de mis maestros, dirigí mis intereses hacia la Historia global y no sólo hacia la Historia religiosa. Pero uno de los campos que más he cultivado es la Historia regional, por mi tesis y también por sugerencia de la gente que me rodeaba. Me empujaban a ella mis estudiantes y los lectores mis obras. Por otra, la investigación en los archivos regionales me resultaba muy atractiva. Cuando mi amigo Alain Lottin y yo lanzamos la «Historia de las ciudades de la región de Nord-Pas de Calais»⁴, donde publicamos doce historias urbanas, de cada uno de los volúmenes se vendieron entre cuatro y cinco mil ejemplares: fue un éxito de librería en el ámbito regional y un estímulo para nosotros. Esas obras de Historia de las ciudades fueron una novedad respecto a concepciones antiguas historiográficas mucho menos ambiciosas. Se trataba, por supuesto, de obras colectivas: era implanteable hacer aquello en solitario. Era precisa contar con equipos de colegas que se asociaran gustosamente a la empresa.

P. Pero, ¿cuáles fueron los motivos que le llevaron más tarde a orientar la mayor parte de sus trabajos en la dirección de la Historia religiosa?

R. Hay, en efecto, diversas etapas en una vida, en una carrera intelectual. Cuando se comienza, se es llevado a responder a las preguntas más amplias y más variadas de los estudiantes. Después tiende uno, en función de los trabajos que ya han hecho, a especializarse, y yo me he especializado verdaderamente en dos campos.

He enseñado siempre, hasta mi jubilación en 1996, Historia de las ideas políticas, cuestión que me ha apasionado y que he querido enfocar desde una perspectiva cultural: mi curso siempre ha empezado con la Antigüedad griega, con Aristóteles y Platón, y se ha prolongado hasta nuestros días. Nunca he considerado que solamente interesara la historia de las ideas políticas contemporáneas. Son demasiados los colegas que se resignan desgraciadamente a esta solución, que no me parece en absoluto satisfactoria, pues creo que hay que remontarse hasta Aristóteles y Platón si se quiere comprender algo de la historia de las ideas políticas y de la historia de la filosofía.

El otro campo que he cultivado ha sido, por supuesto, la Historia religiosa. Entre las motivaciones que me impulsan a continuar por esta vía, quiero destacar que he sido apoyado por un cierto número de colegas. He podido organizar equipos de trabajo que me han facilitado mucho las cosas. No puedo olvidar, por ejemplo, la simpatía intelectual y mi gran

4. *Histoire des villes du Nord-Pas de Calais*, PUL, Lille 1981-1988, en 10 volúmenes.

amistad con el Prof. Gérard Cholvy. Hemos trabajado mucho juntos y aún seguimos trabajando juntos, organizando coloquios, publicando obras conjuntas, etc. Son cosas que ocurren en la vida y que han facilitado mucho mi labor. Pero la motivación principal por la Historia religiosa quizá venga de la conciencia que he tomado de la crisis religiosa posterior a la «revolución cultural de 1968».

P. Ciertamente, mayo del 68 supuso una revolución en muchos ámbitos de la cultura...

R. Verá. Al comienzo nos empeñamos en una Historia religiosa que, si bien no era estrictamente apologética, buscaba justificarlo todo. Aunque teníamos fuertes reservas frente a una apologética a ultranza, nos oponíamos a una Historia «culpabilista», como la obra, muy posterior, de Pascal Bruckner, publicada en 1983, titulada *Les sanglots de l'homme blanc*. Con todo, he de reconocer que un artículo firmado por Henri Guillemin me causó un gran impacto. Había aparecido en «La vie intellectuelle», en 1937, con el título *Par nos fautes*, y en él se acusaba a los cristianos de todos los pecados, de todos los crímenes del pasado, y se insistía en explicar que si la Iglesia había perdido la clase obrera era por culpa propia. Pues bien, las investigaciones que han sido llevadas a cabo en Francia, sobre todo bajo la dirección de Gérard Cholvy, y en Inglaterra, en la reciente *Histoire religieuse de la Grande-Bretagne*, dirigida por Stuart Mews y Hugh McLeod, han consagrado varios capítulos al supuesto abandono de la clase obrera por parte de la Iglesia. No solamente en los países anglosajones, sino también en Francia y en otros Estados europeos, los medios religiosos se ha preocupado de la clase obrera mucho más de cuanto afirmaba la historiografía de tiempos pasados. Esta historiografía se situaba en una perspectiva frecuentemente muy influida —y muy deformada— por una visión marxista del acontecer histórico.

La Historia que nosotros queríamos hacer no era ni una Historia estrictamente apologética ni una Historia culpabilista, sino una Historia comprensiva, que rechazara especialmente el anacronismo. Y aquí podría evocar otro hecho. Como usted sabe, Lucien Fèbvre decía que el anacronismo es el pecado mortal del historiador. Pues bien, hoy estamos en pleno anacronismo a propósito de ciertas cuestiones. Usted conoce la visión que algunos medios europeos han ofrecido sobre la conquista del Nuevo Mundo: han abundado los discursos culpabilistas, ingenuos, en cierto sentido. Hay otro ejemplo que me sorprende mucho más todavía, por lo que se refiere a España: es la cuestión de las cruzadas y de la Reconquista. Las cruzadas se fraguaron en España con toda naturalidad, porque los cristianos nunca aceptaron abandonar en manos de los musulmanes un territorio que había sido suyo. Tal Reconquista comenzó a dar resultados en el siglo XI. Cuando se confronta la cronología, se observa que fue precisamente a finales del siglo XI —después de la toma de Toledo en 1085— cuando el papado y otros estamentos lanzaron la primera cruzada. La primera cruzada sería, pues, inexplicable sin la reconquista española, que ya había comenzado. Fue un acontecimiento relativamente lógico en aquel momento, sobre todo si tenemos en cuenta el despegue no sólo político sino también económico de las ciudades comerciales italianas, que comenzaban a tener cada vez más peso en el Mediterráneo. Muchos ignoran y extrapolan los datos, para justificar un culpabilismo que resulta anacrónico. Por supuesto, no se trata de elogiar las masacres cometidas por los cruzados cuando tomaron Jerusalén. Su crueldad es evidentemente reprobable. Pero es absolutamente necesario hacer una Historia mucho más serena.

P. Algunos de los primeros trabajos de Sociología religiosa que condujeron al nacimiento de la Historia religiosa tuvieron su origen, sobre todo, en una preocupación pastoral, la del canónigo Fernand Boulard. ¿Cómo se explica usted la derivación de lo científico a la pastoral?

R. Feliz derivación, diría yo, pues de lo contrario esos magníficos trabajos, esos enormes trabajos suscitados por Fernand Boulard no habrían tenido lugar. Y no olvidemos que Fernand Boulard, que era sacerdote, ha tenido émulos en España, como Rogelio Doucastella, en Italia, como Burgalassi, en Bélgica y en otros lugares. También ha tenido seguidores en América Latina. Pues bien, Boulard llevó a cabo una investigación bastante científica, de la que él esperaba una utilización pastoral. Con Boulard colaboraron muchos científicos, que recogieron los materiales y llevaron a cabo los cálculos, en una época en que no se disponía de tantas facilidades electrónicas como ahora. Esos trabajos, realmente considerables, han permitido posteriores estudios muy amplios no sólo de historia religiosa sino también de historia global. Muchos aspectos, en efecto, de la historia económica, social, política, cultural que han sido tratados después en diferentes publicaciones, salieron de las magníficas encuestas dirigidas por Boulard. Entre los colaboradores de Boulard debo recordar a Philippe Lacoudre, investigador muy destacado en la resolución de problemas estadísticos y de cálculo.

P. Se ha criticado a Boulard por una supuesto revoltijo entre ciencia y pastoral...

R. Boulard distinguía muy bien entre lo científico y lo pastoral. Las críticas le vinieron de ciertos sociólogos que quisieron más tarde distanciarse de la Iglesia, por lo que les resultaba muy cómodo acusar a Boulard de marcarse un objetivo principalmente pastoral, cuando en realidad buscaba una finalidad puramente científica. Dudo, por otra parte, de que una posición totalmente científica, tan objetiva que se halle desgajada de todo contexto, de toda historia personal, o de alguna aspiración consciente o no por parte del investigador; en definitiva, tan pura e incontaminada como pretendían los acusadores de Boulard, sea realmente alcanzable. Es un objetivo que, por supuesto, no debe perderse de vista. Pero, resulta un poco inquietante el que se insista tanto en él. La absoluta objetividad histórica, pretendida por el positivismo, debería plantearse sólo como un ideal.

P. Si no me equivoco, la Historia religiosa es una disciplina desarrollada en Francia en los centros académicos civiles, por así decir, y no tanto en las Facultades eclesiásticas; además, los mismos cultores de esa disciplina no desean que sea confesional. ¿Se puede hablar de dos «historias religiosas», una historia religiosa ligada en su origen al contexto confesional de la Iglesia católica y otra más «laica», tributaria de la historia de las mentalidades; o bien sería mejor hablar de historias religiosas diversificadas según los presupuestos antropológicos de los historiadores?

R. Es evidente que la Historia de las mentalidades no es en absoluto lo mismo que la Historia religiosa. Creo que no se ha de privilegiar la mentalidad descuidando u olvidando la religión. Sería un sistema un poco artificial, que supondría peticiones de principio: el de un mundo pagano que habría sobrevivido bajo una cristianización superficial. Es preferible, a mi entender, interesarse también por la cristianización cuando se estudia la mentalidad y el comportamiento.

P. Pero, ¿por qué la Historia religiosa no se ha desarrollado principalmente en las Facultades eclesiásticas, sino en centro civiles?

R. Ha habido efectivamente, al menos en Francia, una cierta crisis de la Historia religiosa en las Facultades eclesiásticas. No quiero extenderme sobre este tema, que es un tanto delicado. En cambio, la Historia religiosa ha prosperado en las Universidades del Estado, por una parte gracias al influjo de los maestros que he evocado hace un momento, sobre todo Marrou, Latreille y Le Bras. Estos historiadores han tenido una influencia verdaderamente considerable: Marrou y Le Bras, en París; Latreille, en Lyon; y han contado con discípulos que han implantado la Historia religiosa en otros lugares. Pienso, por ejemplo, en el paso de Alphonse Dupront por la Universidad de Montpellier y la impronta que éste dejó en Gérard Cholvy. Vistas así las cosas, comprenderá por qué en las Facultades de Estado se ha insistido tanto sobre la Historia religiosa.

El problema que se plantea es el de los diferentes tipos de Historia que se han de cultivar según las instituciones; y, por otra parte, el de la actitud de los docentes de esa Historia. Pues bien, actualmente son mayoría los creyentes entre los especialistas en Historia religiosa. Diría que lo fueron al inicio, que lo son de nuevo hoy, y que lo fueron menos en el momento de la gran crisis de la Iglesia en los años setenta-ochenta. Algunos de ellos se alejaron entonces. Esto no impide que todos los que trabajan en Historia religiosa sean generalmente competentes en el terreno doctrinal-religioso, quizá con un muy pequeño número de excepciones. La mayoría de esos historiadores de nuestro ramo son católicos, aunque no faltan protestantes, que tienen un lugar muy notable. También los hay judíos y, ahora, algunos mahometanos. No debo olvidar un pequeño número de no creyentes. Las diferencias entre nosotros se presentan más en la elección de temas que en el tratamiento de ellos. No hay entre nosotros conflictos serios. Sólo recuerdo el caso extremo de una universitaria neo-estalinista, que acaba de publicar una obra, por otra parte escandalosa, sobre el pontificado romano del siglo XX, prototipo de un mal revisionismo. Pero se trata de una excepción, rechazada completamente por la comunidad de los historiadores religiosos, como también son rechazados los revisionistas que se niegan a reconocer la existencia de los campos de exterminio creados por los nazis.

P. No hay, pues, contradicción entre la fe y la ciencia histórica...

R. Cada uno es libre de tomar su propio partido. Pero, yo no veo ninguna oposición entre fe y ciencia. De todas formas, el historiador creyente es preciso que sea reconocido y aprobado por la comunidad de los historiadores, porque hace buena ciencia. Es, pues, imprescindible la crítica rigurosa en la selección y tratamiento de las fuentes, aunque la simpatía del historiador pueda dirigirse más particularmente hacia tal o cual tema, o tal o cual personaje, según sus convicciones.

Es necesario, además, que los creyentes se dediquen a la Historia religiosa, para evitar los peligros que usted evocaba. Estos riesgos son más reales entre los sociólogos que entre los historiadores, por la razón siguiente: los historiadores se debe siempre a las fuentes, a los documentos que deben confrontar; mientras que los sociólogos pueden estar tentados, en ocasiones, de inventar una pauta o esquema de lectura, surgida de su propio espíritu, ofrecida a sus interlocutores como una preconcepción que con frecuencia impone u orienta la respuesta.

P. Algunos han alabado la Historia religiosa por su aperturismo a las diversas confesiones religiosas; pero le han reprochado que podría fomentar, entre los creyentes católicos, una especie de irenismo que antes o después podría abocar en el sincretismo...

R. El problema no es el de una tolerancia excesiva, puesto que la tolerancia ha de extenderse en algún sentido también al terreno de las ideas. No hay que destruir para construir. (Evidentemente no me refiero a las creencias religiosas, donde la cuestión merecería un tratamiento más matizado). A mi entender, el peligro real es imaginar que en los viejos países cristianos todas las religiones tienen la misma importancia y deben situarse en el mismo plano docente. Esto, no. Me parece lógico, por el contrario, que en los países que han sido marcados por el cristianismo, el cristianismo ocupe el lugar principal en los centros de interés de la investigación y de la enseñanza. Lo cual no es óbice para la apertura a los otros y al conocimiento de las demás religiones...

P. Con esto tocamos otra cuestión: el interés del «comparatismo».

R. La Historia religiosa, tal como se enseña en las Facultades del Estado, es necesariamente una «historia comparada»: compara entre sí las diferentes religiones, las diversas confesiones cristianas e incluso los modos de vivir el catolicismo dentro de la Iglesia. Yo he desarrollado mucho esa historia comparada dentro del propio cristianismo y me ha parecido muy interesante por muchas razones, entre otras, porque va derechamente en el sentido de la reflexión ecuménica actual. Hay también otras comparaciones que pueden ser muy útiles y que, por lo demás, permiten comprender mejor el alma de las diferentes civilizaciones.

P. ¿Y la Historia de la Iglesia como disciplina?

R. Me parece necesario que en los seminarios y en los establecimientos eclesiásticos se enseñe más particularmente la Historia de la Iglesia. Evidentemente Historia de la Iglesia e Historia religiosa son materias compatibles. Por lo que me concierne, yo he cultivado las dos disciplinas: la Historia del papado es Historia de la Iglesia⁵; y me han pedido, por ejemplo, enseñar el año que viene [1998] en Lille, en la Université du Temps Libre, diez lecciones de historia del cristianismo, lo cual me va a permitir ofrecer una panorámica general que me parece interesante.

P. Perdone que insista en el tema. Con frecuencia se percibe, en las Facultades de Teología, una cierta desconfianza frente a la Historia religiosa: se piensa que se corre el peligro de llevar a la pérdida de la especificidad de la «verdadera religión», a considerar la religión católica una religión entre las demás o incluso una religión como las demás; en todo caso, se teme que pueda conducir a una explicación «demasiado humana» del devenir de la Iglesia.

R. Interesa mostrar que la religión cristiana, y más particularmente la religión católica, ha afrontado un cierto número de acontecimientos, de problemas históricos, con éxito

5. Se refiere al libro: *Histoire de la Papauté*, Talandier, Paris 1996, que el Prof. Hilaire ha dirigido, y del cual ha redactado personalmente los capítulos sobre el papado en el siglo XIX y XX.

o con fracaso. También es necesario comprender que la Historia religiosa no es una Historia que pueda reducirse al cuadro de nuestras preconcepciones racionales. El historiador sabe que toda religión comporta una cierta relación con la divinidad, y una cierta intervención misteriosa de esa divinidad en la historia. Hay hechos religiosos con los que es necesario ser prudentes y evitar toda precipitación. Conviene ser siempre respetuosos. El historiador no puede ignorar, por ejemplo, que en Lourdes se han producido acontecimientos extraordinarios...

Del mismo modo, no hay razones para no dar un cierto crédito, por ejemplo, a lo que pasaba en la ciudad de Delfos, en la Grecia clásica. Hay comparaciones entre lo religioso cristiano y no cristiano que resultan muy sugerentes e iluminadoras. Por ejemplo. Siempre me ha impresionado mucho la obra de Esquilo *Las Euménides*, en la que, después de esa terrible *vendetta* que opuso a los unos contra los otros en la familia de Agamenón, se ve mediar a Palas Atenea, la «buena diosa», y establecer la justicia y las reglas de la vida civil en Atenas, cambiando el carácter de las «erínias», aquellas «furias» que empujaban a la venganza, transformándolas en benevolentes diosas, en «euménides». Pues bien, con Esquilo pasamos del siglo VI al V a.C. Pensemos que, durante ese mismo siglo VI, coincidiendo con la cautividad de los judíos en Babilonia, los escritos veterotestamentarios que datan esas fechas delimitan, con rasgos cada vez más claros, el Dios del amor, que será también el de Dios de los cristianos. Pues bien, hay aquí un paralelismo y una sincronía que son muy interesantes, en mi opinión. Establecer comparaciones cronológicas y temáticas permite comprender mejor el fondo mismo de la historia religiosa.

Por otra parte, la historia de la Iglesia ha sido también, durante los últimos dos mil años, la historia de un mundo que ha de ser siempre evangelizado; es la historia, por supuesto, de muchas vicisitudes, pero también la historia de la santidad, en ese marco que los cristianos, y sobre todo los católicos, llaman la comunión de los santos.

P. ¿Qué es, por consiguiente, lo que el historiador creyente puede aportar al trabajo de la historia religiosa?

R. Yo creo que su pregunta encierra la observación más general que hacía Jacques Maritain a propósito del porvenir. La futura civilización deberá ser una civilización en la que los cristianos se hagan presentes con hogares muy fervientes, muy activos, de gran vitalidad evangelizadora. Habrán de ser verdaderas «iglesias domésticas», como han recordado los Pontífices Romanos. Sin esos hogares, la civilización perdería su sabor y derivaría hacia ciertas formas de neopaganismo o hacia la tentación totalitaria, también extremadamente peligrosa. Los cristianos son una suerte de fermento en la masa, que es absolutamente esencial.

El historiador creyente tiene, en cierto modo, el mismo cometido —aunque sin dissociarse de sus colegas— de dar otra tonalidad, una orientación que recuerde algunos aspectos que otros podrían descuidar. En particular debe evocar la presencia y la fecundidad de la santidad en la historia; debe rememorar las grandes personalidades religiosas proponiendo modelos de conducta. Ésta es una de las razones por las que hemos procurado, en la historia religiosa de los países europeos en la época contemporánea, insistir tanto en las

biografías⁶. La historia religiosa es la historia de personas concretas, de hombres y de mujeres que están en diálogo con Dios. He aquí un elemento que el historiador creyente no puede en absoluto descuidar. Recuerdo con mucho agrado los impresionantes cursos que Marrou ofrecía sobre los Padres de la Iglesia, que él resucitaba literalmente ante nosotros.

P. La introducción de nuevos métodos y de nuevos campos de interés de la historia en el terreno de lo religioso ha significado una multiplicación extraordinaria de las fuentes, que ha transformado la historia religiosa en una inmensa cantera. Se ha advertido la necesidad de privilegiar la historia local, de organizar la reunión de los materiales de trabajo... Usted mismo ha contribuido muy sensiblemente a través de sus estudios locales sobre la diócesis de Arras y la región de Nord-Pas de Calais⁷, la publicación de *Materiaux*⁸, el *Dictionnaire du monde religieux dans la France contemporaine*, en colaboración con Jean-Marie Mayeur⁹... ¿Cuáles son las tareas que debería prefijarse una Historia religiosa como la española, aún no tan desarrollada?

R. Me parece que, después de la experiencia que se ha hecho en Francia y en otros países europeos, una de las tareas primordiales es la utilización más sistemática —y nosotros tenemos todavía mucho que hacer en este terreno— de los archivos diocesanos, que son frecuentemente muy ricos. Recuerdo, por ejemplo, lo que, al inicio, nos hizo hacer Le Bras: preparar y publicar seis volúmenes sobre las visitas pastorales, que han sido un útil instrumento de trabajo; después llegó, con Boulard, el proyecto de los *Matériaux pour l'histoire religieuse du peuple français*, que cubre la práctica y el comportamiento religioso durante los dos últimos siglos, obra que hoy está terminada en sus tres cuartas partes. Queda aún un cuarto y último volumen, que está en marcha.

Se debe insistir también en la historia de la vida religiosa local, la historia de la vida religiosa diocesana. Pienso particularmente en las notas de los párrocos. Es innegable el interés de los diarios de los sacerdotes y de los registros históricos parroquiales. En Italia se conservan muchos del período bélico último. Gabriele de Rosa evocaba esta fuente como muy importante. Nosotros los hemos utilizado todavía muy poco en Francia.

Otro aspecto que nuestros amigos italianos y belgas han desarrollado notablemente —y donde nosotros tenemos mucho que aprender aún— es la historia de los movimientos religiosos. No se ha de olvidar que, cuando en Italia los católicos no podían participar en la vida política por causa del «non expedit», participaban ampliamente en la vida social a través de sus obras y movimientos. Después reemergieron a la vida política en dos ocasiones:

6. Alude a la «Historia religiosa de los países europeos», una ambiciosa empresa editorial, en la que colabora Hilaire, que está en marcha. No debe confundirse este proyecto, apenas comenzado, con su anterior *Histoire religieuse de la France contemporaine*, en tres tomos, publicada entre 1985 y 1988.

7. Cfr. nota 4, *supra*.

8. *Matériaux pour l'histoire religieuse du peuple français: XIX-XX*, bajo la dirección de Fernand Boulard (†1977), Yves-Marie Hilaire y Gérard Cholvy, EHESS-FNSP-CNRS, Paris, tomo I (1982), tomo II (1987), tomo III (1992).

9. Hasta ahora han aparecido nueve volúmenes, en la Editorial Beauchesne, Paris 1995 ss.

en 1919, con don Luigi Sturzo, y en 1945, con Alcide de Gasperi. De ahí el interés que tiene la historia de los movimientos religiosos. Es urgente esta historia, porque las fuentes son muy «frágiles»: muchos movimientos no conservan sus archivos, o los conservan mal, y los protagonistas van desapareciendo. Son, por tanto, testimonios que tienen que ser recogidos antes de que sea demasiado tarde. Los testigos pueden ofrecer, en ocasiones, muchas informaciones interesantes y dar también documentos.

En fin, yo no sé lo que se ha hecho aquí, en España, por lo que concierne la biografía de los ideales religiosos. Sería muy interesante tener más biografías. ¿Existe alguna biografía, por ejemplo, del Cardenal Ángel Herrera Oria? Pues, es necesario escribir biografías de personajes como él, y también de laicos destacados.

Otro trabajo que es bastante fácil, porque me parece muy accesible, es el vaciado de los archivos de Asuntos Exteriores. Por ejemplo, las relaciones entre el Ministerio de Asuntos Exteriores y el Vaticano. Este trabajo está en marcha en Francia, pero aún no está terminado.

P. Todo ello es imposible sin un buen equipo...

R. Tenemos muy buena experiencia de la constitución de grupos de trabajo. Está en primer lugar el grupo que se denomina «Grupo de la Bussière», que se reúne frecuentemente en la Côte d'Or, cerca de Dijon, en una mansión que se llama le Château de la Bussière. Comenzó a reunirse a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta y existe todavía hoy, de modo que tiene cerca de cuarenta años, aunque los miembros del equipo han evolucionado y también han envejecido un poco. Además de este grupo se han creado diferentes asociaciones y diferentes formaciones de investigación. Está la «Association d'histoire religieuse contemporaine», que ha nacido en buena parte de colegas que se han transformado en amigos. Y también, en el CNRS francés, los historiadores religiosos creamos un Groupe de Recherche Coordonné, que fue durante mucho tiempo el GRECO n. 2 y que ahora es el «Groupe de Recherche 1095». La Asociación de Historia Religiosa Contemporánea cuenta doscientos miembros —francófonos, no solamente franceses— y el «Groupe de Recherche 1095» hace trabajar actualmente entre ciento cincuenta y doscientos investigadores, en su mayoría docentes.

P. Sorprendente, para nosotros los españoles, que tenemos merecida fama de individualistas, la capacidad que tienen los historiadores franceses de organizarse en equipo. El GRECO n.º 2, que usted dirigió durante varios años (1981-1984), la publicación de los *Matériaux*, son muy expresivos de esta capacidad. ¿Cuál es su experiencia sobre este tema? ¿Cuáles deberían ser las condiciones para la formación de un buen equipo de trabajo?

R. El GRECO n.º 2 hizo posible la existencia de una red nacional que permitió la realización de encuestas nacionales: un trabajo evidentemente de amplios vuelos. Pero para que una encuesta sea interesante, no tiene por qué ser llevada a cabo en todo el territorio nacional; puede referirse a un marco más modesto. Otro ejemplo de lo que sólo en equipo se puede llevar a efecto es el *Dictionnaire du monde religieux dans la France contemporaine*. Este tipo de diccionarios pueden ser temáticos (por ejemplo, sobre los jesuitas, sobre los protestantes, sobre las ciencias religiosas) o bien por regiones. Pues bien, lo que se manifiesta

ta actualmente es que tenemos ya un cierto número de diccionarios que comienzan a mostrarse válidos para encuestas nacionales de diversos temas. Actualmente existen seis diccionarios regionales. Sería necesaria una docena más para que, en el momento en que se llevase a cabo una encuesta sobre un tema particular, se pudiera localizar de inmediato quiénes, a nivel local, podrían responder a los cuestionarios. Puedo testimoniarlo, pues he tenido que hacer un trabajo sobre una asociación piadosa, que tuvo un notable impacto en el terreno social: la Santa Familia de Feronvrau, y los diccionarios han sido muy útiles para comprender mejor el papel de sus miembros y su importancia dentro de la asociación, su influencia, etc.

P. Imagino que no faltarán problemas para financiar estos trabajos...

R. El problema de la financiación tiene una doble vertiente. De una parte, a nivel nacional. En el plano estatal, y para tener créditos, se plantean siempre debates muy complejos, sea para los grupos de investigación de implantación nacionales, sea para la organización de tal o cual coloquio o de tal o cual proyecto. Sin embargo, la cuestión se ha simplificado últimamente merced a un nuevo fenómeno, que también tienen ustedes en España: la regionalización. La mayor parte de nuestros créditos vienen ahora de las Universidades y de los consejos regionales. Con todo, el aval o reconocimiento nacional es esencial, pues garantiza la seriedad de los proyectos; pero la mayor parte de la financiación nos llega a ahora de las regiones y de las Universidades. Esto facilita bastante las cosas.

Por otra parte, es muy sorprendente la vitalidad de los grupos de trabajo. El «Groupe de Recherche 1095» ha promovido, hace dos años, unos seminarios de verano sobre metodología de la investigación, en conexión con otro GR que se ocupa de historia antigua y medieval, dirigido por André Vauchez (el GR 1095 lo dirige por el momento Claude Langlois). Junto a ésta hay otra iniciativa, que existe desde hace cinco años (éste es el sexto año en que va a funcionar). Es la Universidad de Verano que ha sido creada por jóvenes periodistas y jóvenes historiadores, dirigida por un antiguo colega, Gérard Cholvy. Esta Universidad de Verano reúne cada año, generalmente en una ciudad universitaria francesa, un centenar de historiadores, de los que dos tercios son jóvenes de menos de treinta y cinco años, y que realizan investigaciones sobre la historia religiosa, en su mayoría en el período contemporáneo, es decir, de los dos últimos siglos. Hay, pues, una renovación asegurada en el terreno de la historia religiosa y muchos de esos jóvenes están particularmente implicados en ella.

P. La historia religiosa se ha convertido en un tema de interés preferencial para los investigadores franceses: se dice que la producción científica en este terreno es superior a cualquier otro tema histórico; en cualquier caso, es considerable. Por el contrario, en España se constata una cierta resistencia por parte de los investigadores «laicos» —quiero decir, fuera del contexto eclesiástico, creyentes o no— a ocuparse de la dimensión religiosa en cuanto tal. Algunos han relacionado retraimiento con el pudor de los españoles hacia lo religioso como consecuencia del mito de la intolerancia hispánica.

R. Me pregunto si el problema español —lo he hablado con el Prof. José Andrés-Gallego— es realmente el mito de la intolerancia, que es ciertamente un mito cuando se conoce la historia contemporánea española de los últimos tres siglos. ¿No puede ser quizá más bien un problema de clericalismo, que se encuentra también en otros países? Pienso en

ciertos acontecimientos que actualmente ocurren en Polonia... ¿No habrá quizá en este terreno un cierta desconfianza o reserva de los clérigos con respecto a los laicos, que no les hace sentirse cómodos entre ellos? Lo que ha ocurrido en Francia es que los laicos han ocupado prácticamente el terreno desde el momento en que los clérigos —y es algo que no deseo ni a España ni a Polonia...— han desaparecido prácticamente de la escena cultural: hay muy pocos clérigos que hoy se ocupan de historia religiosa, como consecuencia de la grave crisis del reclutamiento eclesiástico, que es más grave en Francia que en cualquier otro lugar.

P. Usted ha publicado, en colaboración con el profesor Cholvy, una *Histoire religieuse de la France contemporaine*, que se ha servido muy bien de sus numerosos trabajos monográficos de los decenios precedentes: un verdadero monumento, sin duda, que ha sido muy apreciado, quizá el más importante trabajo de Historia religiosa de carácter sintético publicado en Francia antes de la aparición de la *Histoire du christianisme*.

R. Ah, la *Histoire du christianisme* es verdaderamente una gran empresa...¹⁰.

P. Vuestra *Histoire religieuse de la France contemporaine* ha servido también de modelo para trabajos semejantes fuera de Francia...

R. Cholvy y yo afrontamos esa *Histoire religieuse de la France contemporaine* en un momento en que el editor no estaba demasiado convencido¹¹. Me explico. Estoy muy agradecido a la Editorial Privat, de Toulouse, por haberse hecho cargo de ella. Pero, las aportaciones de nuestro trabajo, que hoy parecen evidentes, entonces no estaban tan claras. Nuestra principal aportación consistió en desarrollar una investigación de sociografía religiosa. Esta disciplina, surgida originalmente en las investigaciones de Le Bras y Boulard, no había sido hasta entonces suficientemente aprovechada.

En cada volumen, en efecto, hay largos capítulos que tratan los comportamientos y las actitudes religiosas de algún momento religioso crucial. El análisis de los movimientos religiosos ocupa, pues, un posición relevante y se hace según las mejores técnicas historiográficas tomadas de nuestros vecinos, belgas, italianos y españoles. Con todo, hay un elemento original, en el que hemos sido pioneros: hemos primado la historia de las corrientes intelectuales y espirituales. Es innegable que los especialistas conocían la importancia de las corrientes intelectuales (no puedo olvidar un trabajo notable de J. R. Derré), pero no se habían ocupado suficientemente de ellas. Por ejemplo, hemos destacado la importancia del movimiento menesiano. También nos hemos detenido, y de modo muy particular, en los años veinte, dominado por figuras tan destacadas como Maurice Blondel y Jacques Maritain, y en los conflictos que tuvo Charles Maurras. De los años veinte, que ocupan ahora un puesto de honor en todos los análisis históricos y de los que se habla mucho en los coloquios y congresos, ya habíamos hablado nosotros hace un decenio. Por otra parte, también hemos procurado analizar ampliamente la vida del pueblo cristiano. Ciertamente, algunos

10. Es la *Histoire du christianisme: des origines à nos jours*, Desclée, Paris 1990ss. Los directores de esta obra magna son: Jean-Marie Mayeur, Charles y Luce Pietri, André Vauchez y Marc Venard.

11. *Histoire religieuse de la France contemporaine*, Privat, Paris 1985, 1986 y 1988, en tres tomos, que Hilaire redactó en colaboración con Gérard Cholvy.

nos habían precedido en este tipo de estudios como mucho acierto, por ejemplo Jean Delumeau; pero Cholvy y yo retomamos este tema para la época contemporánea, lo cual constituyó algo novedoso en su momento, hace una década.

P. ¿Ha llegado, pues, la hora de las grandes síntesis, como esa *Histoire religieuse de la France contemporaine*?

R. Las síntesis me parecen necesarias, pues permiten, de una parte, dan razón de los progresos de las investigaciones, y facilitan, por otra, poner al día la enseñanza y revisar las visiones demasiado ideologizadas, en particular esa mentalidad culpabilista a la que me refería antes, influida por ideologías marxistas o popperistas en el mal sentido del término. En un momento en el que Occidente se ha desarrollado de forma extraordinaria y la clase obrera mengua respecto a lo que había sido anteriormente; cuando se ha producido un enriquecimiento general y el ascenso de la clase media es imparable, se habla todavía de cuestiones que ya están pasadas. Se puede decir que mientras la Iglesia en Francia sigue intentando acercarse a la clase obrera, está perdiendo la clase media, de la que se ocupaba mucho más antaño. Y no cabe duda que la clase dominante ahora es la clase media.

P. Aunque vuestra *Histoire religieuse* ofrece una aproximación serena y «desideologizada» al pasado religioso, no ha estado exenta de contradicciones, si mal no recuerdo...

R. Las críticas nos ha venido fundamentalmente de un par de sectores. En primer lugar, las críticas de la extrema derecha. También las he recibido por la *Histoire de la Papauté*, que no ha gustado a ciertos personajes. Pero, sobre todo, recibí las críticas de los utopistas «post-68», pues se les mostraba que la crisis estaba allí y que sus sueños no correspondían en absoluto a la realidad. En particular, esos utopistas «post-68», que habían alabado los volúmenes I y II de nuestra obra, silenciaron el volumen III. Podría ofrecer algunos ejemplos. Es sorprendente, pero da igual. Hemos tenido también críticas de algunos medios de la Acción Católica. Lo que nosotros señalábamos, que la Acción Católica estaba «en perte de vitesse» (que perdía vitalidad), que se encontraba en grandes dificultades, no ha hecho más que acentuarse con el pasar del tiempo. Hoy tenemos en marcha la «opération vérité» sobre las cifras de los movimientos en relación con las cifras que se habían señalado con anterioridad. Esta «opération vérité» es muy dolorosa. Ahora, al cabo de diez años, sólo nos vienen algunas críticas de ciertos medios de comunicación de inspiración cristiana, que no pueden justificar investigaciones, porque están muy marcados por el espíritu de la generación precedente.

P. Aunque Le Bras negaba la conexión de la escuela de los *Annales* con la sociología religiosa, las relaciones entre la historia religiosa y la *nouvelle histoire* parecen evidentes. En estos últimos años se habla mucho de la crisis de la escuela de los *Annales* (en su tercera generación) y, en consecuencia, de la crisis de la *nouvelle histoire*. ¿La crisis de la *nouvelle histoire* ha repercutido sobre la historia religiosa?

R. No se puede decir que actualmente haya en Francia una crisis de la historia religiosa. Ya he señalado antes que el número de investigaciones y de coloquios es considerable. Personalmente, tengo en marcha diez tesis que estoy dirigiendo. Se advierte, en cambio, el abandono durante veinte años de la sociología religiosa. Le Bras y Boulard pusieron en marcha trabajos considerables que se han interrumpido brutalmente. ¿Por qué? Porque

los que se apoderaron de los medios de comunicación después del 68 no quisieron observar con rigor lo que ocurría: rompieron el termómetro que había construido Boulard y prefirieron los sondeos, que son más fáciles de manipular y de orientar. Pero desde hace una decena de años se vuelve a las observaciones más precisas. Pienso en la influencia de algunos obispos, como Mgr. Gérard Defois, antes en Sens y ahora obispo de Reims, y de algunos investigadores, que trabajan actualmente en Normandía, Nord-Pas de Calais y Provenza. Sus prospecciones siguen los métodos rigurosos de la Historia religiosa.

P. También se ha señalado la necesidad de no olvidar otras disciplinas para una más exacta comprensión del pasado religioso, como la Historia de la teología, de la espiritualidad, de la catequesis, de la predicación... Jean-Marie Mayeur lo recordaba recientemente. Usted mismo ha probado la vía clásica —por así decir— de la historia del papado.

R. La perspectiva interdisciplinar es absolutamente esencial, como ya dije, porque amplía los horizontes. Mayeur se ha interesado también por la biografía. He utilizado la perspectiva «comparativista» en mi *Histoire de la papauté*, en la que he querido situarme a toda costa en una perspectiva europea, lo mismo que mis colegas; pues, sin descartar un horizonte mundial, porque el pontificado romano es un ministerio para todos los hombres, es evidente que la perspectiva ecuménica no apareció hasta la era de los grandes descubrimientos. Las aperturas durante la Edad Media no llegaron demasiado lejos. Por ello, la perspectiva europea domina en mi *Histoire de la papauté*.

Estamos lanzando una «Historia religiosa de los países europeos» en la cual se alternan los capítulos cronológicos con los capítulos temáticos. En volumen dedicado a la Gran Bretaña¹² figuran dos capítulos en los que se estudia el problema de la reacción religiosa ante la secularización, la actitud de la religión ante las naciones británicas (Inglaterra, Escocia y Gales), la religión y las clases sociales, la religión y el sexo, etc. Por supuesto, también se estudian las religiones surasiáticas y el judaísmo. Junto a los dos capítulos temáticos hay otros seis de carácter cronológico. Al final se añade un glosario y un conjunto de biografías: la importancia de las personas en la historia religiosa no debe olvidarse nunca. Están ya en marcha los volúmenes sobre España, Alemania, Italia y Portugal.

Lo que aparece en estas obras, cuyo arco temporal llega hasta nuestros días, es la imagen de una historia muy compleja, muy rica, en la que se mezclan elementos de secularización, quizá una cierta descristianización, con elementos de cristianización, de evangelización, que son activos y que están en marcha. Lo que siempre me ha llamado la atención en el período reciente es la sorprendente aparición de un fervor religioso donde no era previsible, la existencia de movimientos de renovación espiritual en diferentes países de Europa que son ignoradas por los medios de comunicación. Esta vitalidad religiosa, y, en muchos casos, cristiana, demuestra la perpetua «juventud» del Evangelio.

P. ¿Cuáles son los resultados más importantes de sus investigaciones sobre la Francia religiosa contemporánea?

12. *Histoire religieuse de la Grand-Bretagne*, bajo la dirección de Stuart Mews y Hugh McLeod, Editions du Cerf, Paris 1996.

R. Como ya he dicho, y también en Francia, sorprende la diversidad y vitalidad de los movimientos religiosos y su constante renovación. Me impresiona, por ejemplo, el predominio aplastante de la Acción Católica, tanto en Francia como en otros países, haya sido sustituido, después del Concilio Vaticano II, por otras formas de acción evangelizadora que se han tornado mucho más variadas y espontáneas. El despertar del laicado y su protagonismo en la Iglesia es ahora indiscutible. Por ejemplo, un movimiento que ha tenido una gran importancia en Europa, y que no puede ignorarse, es el movimiento «scout», sobre todo el escultismo cristiano, movimiento que enlaza muy bien con la nueva sensibilidad ecologista y de amor a la naturaleza. Igualmente, y en tiempos más recientes, ciertas renovaciones han venido del movimiento carismático, que el papa Pablo VI acogió con tanta benevolencia y el cardenal Suenens protegió decisivamente. No olvidemos tampoco el esplendor de algunas Órdenes religiosas y de los movimientos que de ellas dependen; o la vitalidad, en la segunda mitad de siglo, de los institutos seculares y de todo lo que de ellos se ha derivado... En Francia, han nacido movimientos destinados a la acogida de los extranjeros, que tienen frecuentemente un gran dinamismo. La enumeración podría seguir... El Vaticano II ha abierto, además, nuevas fronteras canónicas, como las prelaturas personales, que son estructuras jerárquicas de la Iglesia muy novedosas, con una gran flexibilidad apostólica, que interesan mucho al historiador.

P. Imagino que sus recientes viajes a la Europa central y del Este le habrán confirmado en su opinión de la vitalidad religiosa de nuestra hora...

R. En efecto, y como Vd. dice, he tenido en este terreno la experiencia gozosa de lo que ha ocurrido en la Europa del Centro-Este. La observación que puedo hacer a este respecto demuestra que la práctica religiosa permanece viva, sigue siendo fuerte (aunque ha caído un poco); y que el reclutamiento eclesialístico mantiene un nivel elevado, sobre todo en Polonia, pero también en otros países. Si en un primero momento, después de 1989, estos países pudieron cometer algunos errores político-religiosos, fácilmente comprensibles cuando se recuerda la pensosa situación que soportaron durante tantos años, el auge económico que se manifiesta ahora va a dar a esos países nuevas oportunidades. Es esencial, en mi opinión, que, desde una perspectiva de historia más amplia, la historiografía dé un espacio importante a la historia religiosa de esas naciones, pues, en todo caso, el derrumbamiento del imperio soviético no es una cuestión banal. He constatado, en esos países, la pervivencia, a pesar de la persecución comunista, de un movimiento obrero de inspiración cristiana, en un mundo que quería ser un mundo completamente secularizado, influido por el marxismo.

P. Estos cambios históricos han pillado a contrapié a los observadores de nuestra época...

R. En efecto. Algunos esperaban una sublevación de los países musulmanes dominados por la URSS. Pero no, el derrumbamiento final no ha venido del mundo musulmán, sino que ha procedido de las regiones cristianas. Tampoco hay que dejarse impresionar por los discursos de ciertos ideólogos secularizadores que estiman, quizá un poco ingenuamente, que el Occidente debe de ser el modelo para la Europa Centro-Este. Los modelos occidentales que hasta ahora se nos habían presentado como ideales a seguir, se nos han roto en las manos (pienso hoy en Holanda y también Escandinavia). Occidente se plantea graves problemas éticos, en contextos sociales demasiado secularizados o descristianizados.

P. Ud. ha recordado en la *Histoire du papauté*, que el siglo XX es el siglo de los mártires...

R. Así es. Frecuentemente se olvida que el siglo XX ha sido probablemente la centuria con mayor número de mártires, es decir, de personas que perdieron la vida por confesar su fe. Al hablar de mártires pienso en la guerra civil española, en la Alemania nazi, en la Europa del Este, en el África de nuestros días, en China y en tantos países de Asia. El cardenal Josef Tomko, que dirige la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, es particularmente consciente de esta situación, que es absolutamente original. Estos mártires son la semilla de los cristianos del siglo XXI. El siglo XXI será el siglo de los santos que vivirán en el seno del amor trinitario. No hay duda de que el siglo XXI tendrá un gran porvenir si se deja un espacio importante a esos santos.

P. Parece que la historia tiende a olvidarse no sólo de los mártires, sino de muchas otras cosas...

R. La ignorancia histórica es hoy evidente, porque no está de moda fomentar la memoria de los muchachos jóvenes. Esto es un error pedagógico considerable. Lo veo más claramente ahora, que me ocupo de la educación de la memoria de mis nietos, y advierto qué fácilmente retienen cuanto se les explica; y con qué facilidad recuerdan algún cuadro cronológico o factual. Tengo diez nietos y me intereso por su formación cultural en un clima absolutamente amistoso¹³.

P. Volvamos, si no le importa a sus libros, concretamente a su *Histoire de la papauté*...

R. Generalmente se suele insistir en los aspectos más espectaculares del pontificado romano, que pueden ser también los más dudosos. Una institución como el papado, que ha sido querida por Cristo, ha atravesado períodos muy difíciles y ha conocido muchas tentaciones: la tentación del poder, en la Edad Media, con la teocracia pontifical; la tentación del sexo, a finales del siglo XV y principios del siglo XVI; la tentación del dinero y la plutocracia, durante el Renacimiento, lo que provocó en los países nórdicos la Reforma luterana. No obstante, y a pesar de tantas desgracias, el papado se ha sobrepuesto a las postraciones de otrora. Ha habido en el trono de Pedro un gran número de papas santos, verdaderamente espirituales, animados de grandes cualidades. Habría que evocar no sólo el aspecto espiritual, que es considerable y primordial, sino también el aspecto cultural y artístico, que es muy importante y también es perceptible en nuestros días, y que no siempre ha sido bien comprendido.

P. La misión esencial del papa, vicario de Cristo, es presidir la unidad de los cristianos y promover la evangelización por todo el mundo.

R. Y, en este sentido, y a pesar de las lacras que haya podido tener en otras épocas, el papado se ha ocupado siempre de esta misión evangelizadora e integradora. Esto es algo indiscutible desde san Pedro, pero, sobre todo, y de forma mucho más definida, a partir de san Gregorio Magno, a finales del siglo VI.

13. Yves-Marie Hilaire contrajo matrimonio con Yvette Cloarec, en 1950. De este matrimonio vinieron tres hijos. Ahora, tiene diez nietos que constituyen su mayor alegría.

El papado tiene una misión primera y fundamental en materias espirituales, en el ámbito de las convicciones y de las relaciones de los hombres con Dios. Pero tal misión no sería verdaderamente eficaz si se separase de una auténtica impregnación cristiana de las diferentes culturas. Como ha recordado el actual pontífice Juan Pablo II, la fe tiene que hacerse cultura. Y esto el papado lo ha comprendido muy bien y lo ha puesto siempre por obra, aunque más especialmente en algunos períodos de su historia: en la Antigüedad, en tiempos de san Gregorio Magno, impulsando la cultura humanística de los clérigos y conservando los restos de la cultura clásica greco-romana; en la Edad media, fomentando la creación de Universidades; en el Renacimiento, con un mecenazgo artístico providencial; en la época de la reforma católica, promoviendo todo tipo de empresas culturales y editoriales; y también en el período contemporáneo.

P. Háblenos, si no le importa, de sus proyectos inmediatos.

R. Mis proyectos inmediatos se centran en impulsar y continuar esa magna «Historia religiosa de los diversos países europeos», de la que ya he hablado. Tengo también pendiente escribir la historia de la ciudad de Lille¹⁴. Debo continuar el *Dictionnaire du monde religieux français contemporaine*, con Jean-Marie Mayeur, que evocábamos antes. Después, uno de mis sueños sería retomar de manera más sistemática, más a fondo, la historia religiosa francesa de los últimos treinta o cuarenta años. No sé si Dios me concederá vivir lo suficiente para culminar este trabajo, pero es ciertamente otro de los proyectos que tengo. Estoy asociado también a un proyecto de historia de la espiritualidad. El Padre Brouard, de la Congregación del Santísimo Sacramento, que vive en Roma, ha preparado una obra sobre el sacramento de la Eucaristía que aparecerá en breve y que ha reunido a teólogos, especialistas de espiritualidad e historiadores.

* * *

Han pasado casi dos horas de conversación y es ya la hora del almuerzo. Yves-Marie Hilaire, entusiasta por temperamento, ha contado con pasión su vida, enteramente dedicada a la Universidad y a la historia. Debo dejarle. Su esposa Yvette le espera, y también le aguardan los organizadores de las VI Conversaciones de Historia, que le invitaron a la Universidad de Navarra. Que Dios le conceda larga vida, para cumplir los proyectos que tanto le ilusionan, por el bien de Francia y de la Historia religiosa. *Au revoir, Monsieur le Professeur!*

José Escudero Imbert
Pontificio Ateneo della Santa Croce
Piazza Sant'Apollinare 49
I-00186 Roma

14. Aunque el Prof. Hilaire es francés meridional, como ya se dijo, pues procede del Departamento de Tarn, cuya capital es Albi, cerca de Toulouse, está afincado en Lille desde hace cuarenta y dos años y se siente particularmente ligado a las regiones nord-francesas, donde ha llevado a cabo la mayor parte de sus investigaciones.